

se halla hoy tan desequilibrada la sociedad, y hay tan gran pugna entre los pobres y los ricos. El rico hoy no quiere más que gozar y emplear sus riquezas en lujo y en placeres, sin acordarse de que hay pobres que apenas pueden alcanzar el preciso sustento; el rico hoy considera al pobre como un ser vil y despreciable, que no merece tan solo que se le dirija una mirada compasiva. El pobre que conoce esta opresión, no vé en el rico sino á su mayor enemigo, y no piensa más que en revueltas y huelgas para sacudir el yugo de éste. De aquí esas corrientes de socialismo, que amenazan hoy á la Europa entera y por eso es hoy cuando mayor necesidad se siente de los frailes.

Finalmente, las órdenes mendicantes salvaron á la civilización europea de la corrupción, inmoralidad y barbarie de las sectas pestilenciales que aparecieron en aquel tiempo. Había recibido ya la Europa un gran impulso, debido á la acción civilizadora de la Iglesia; ya empezaban á formarse las naciones bajo los usos, costumbres, leyes é instituciones cristianas; ya había esparcidos en la sociedad multitud de elementos de civilización y cultura, producidos por la influencia cristiana, cuando hé aquí que este nuevo mundo, formado por el cristianismo, se vió amenazado en su existencia por infames y corrompidas sectas, que explotando la ignorancia y credulidad de las masas, tendían bajo la capa de la religión á esparcir la licencia más desenfrenada. Entonces aparecieron los *cátaros*, *valdenses*, *patarinos*, *albigenses*, *pobres de León*, y otros, cuyo fanatismo era tal, que se valían de la religión para impulsar á la multitud á los mayores excesos; entonces es cuando se vió zozobrar la civilización europea, porque estas sectas tendían á introducir ideas y costumbres contrarias á las que el cristianismo enseñaba, porque tendían á destruir los lazos de la familia, á destruir la autoridad de la Iglesia, y á sumir á la Europa en la superstición y el fanatismo, que la hubiera vuelto al primitivo estado de donde había salido. Pero también

entonces aparecieron las *Órdenes mendicantes*, y evitaron que la Europa se sumiese en la corrupción y barbarie. En efecto, los frailes, hallándose en contacto con la sociedad y con el pueblo, y dando ejemplos de gran abnegación y penitencia, combatieron la inmoralidad y corrupción, y al mismo tiempo, dedicándose al estudio y á la predicación, supieron pulverizar el error con su doctrina, y destruir las pestilenciales sectas.

Por lo hasta aquí dicho, queda destruida la segunda acusación que se dirige á los frailes, de ser *enemigos de la humanidad*, de urdir tramas para perderla, de mantener relaciones con los Reyes para tiranizarla, esclavizarla y sojuzgarla. Ya hemos visto los beneficios que las Órdenes religiosas dispensaron á los pueblos en los primitivos tiempos, en la edad media y en los tiempos modernos; y si tales beneficios han dispensado, ¿pueden considerarse como enemigos de la humanidad? Las Órdenes religiosas parecen creadas *ex profeso* para aliviar y remediar los males de la humanidad desgraciada.

Los pobres han encontrado siempre en los monasterios, hospicios donde han sido curadas sus dolencias, y donde les han auxiliado con caridad, celo y diligencia; los ignorantes han encontrado en los monasterios, catedráticos y maestros que les han instruido y disipado su ignorancia; el viajante ha encontrado en el monasterio un hospicio donde refugiarse; los sabios, quienes comprendiese y auxiliase en sus empresas; el artista, protectores que le han favorecido y animado en la realización de sus ideales. ¿Dónde se hallan, pues, los males que los frailes han causado á los pueblos? ¿Qué perjuicio y qué tramas urde contra la humanidad el monje de San Bernardo, que libra de la muerte al viajero que se halla cubierto por la nieve? ¿Qué perjuicio causa el Capuchino que lleva el consuelo y los últimos auxilios á un moribundo? ¿Qué daños produce el misionero que surca los mares en busca de un alma para



Jesucristo? ¿Qué daño es capaz de causar el Padre de la Merced, que libra de las cadenas al infeliz cautivo? Finalmente, ¿cuándo se han declarado los frailes en contra de la libertad humana? ¿Cuándo han urdido con los Reyes esas ocultas intrigas, esos pactos nefandos que supone la impiedad, para esclavizar é imponer el yugo á la desgraciada humanidad? ¿No han sido por el contrario, los religiosos, los que más trabajaron para librar á los pueblos de la esclavitud, de la opresión y de la tiranía de los barones y señores? ¿No fueron los frailes los que contribuyeron en gran manera al progreso, á la civilización y á la verdadera libertad de los pueblos? Sí: todo esto es verdad, pero el libertinaje, la incredulidad y la falsa filosofía, estaban interesadas en presentar á los frailes bajo el aspecto más odioso, y para conseguir este fin no se desdenaron de apelar al medio más bajo y vil: á la calumnia.

Finalmente, vengamos á la última objeción. Se dice que los frailes son gravosos á la sociedad porque ellos no dan ningún provecho á ésta, ántes al contrario, consumen lo que produce, y de este modo aumentan el pauperismo y la miseria pública. Pero precisamente sucede lo contrario, pues los monasterios contribuyen á aumentar la riqueza y bienestar público. Sabido es que los monasterios han poseído siempre bienes y rentas. ¿En qué se emplean estos bienes y estas rentas? ¿Se emplean solo en provecho de los frailes? No: ellos consumen solo una parte insignificante, ellos necesitan solo un pobre hábito y una pobre comida, no son como los propietarios que necesitan todo lo que tienen para sostener su lujo, fausto y ostentación. Por lo tanto, no consumiendo ellos más que parte de sus bienes, lo demás se emplea en provecho del público y de la pobreza; se emplea en sostener los arrendadores, los obreros y los artífices; se emplea en socorrer y aliviar la parte desgraciada de la sociedad. Además, los religiosos, admitiendo en los conventos á todos con tal de que tuviesen vocación, y alimentándoles á sus

expensas y á su costa, evitaban con frecuencia á las familias la carga de sostener á todos sus individuos, librándolas á veces de la indigencia y de la miseria: los frailes eran, por último, los que con sus ahorros subvenían á los apuros y á los estados apremiantes de los Gobiernos, todo lo cual pesa hoy día sobre el pueblo, cuyos impuestos, aumentan de día en día, llegando hasta el extremo de serles una carga insoportable. En cuanto á lo de *manos muertas*, es cierto que las rentas de los monasterios no pasaban ya á destinos seculares, pero en esto no se hacía más que cumplir la voluntad de los donantes, que los dejaban á los monasterios para que los poseyesen perpetuamente: hubiera sido pues, una injusticia tratar de enajenarlos y entregarlos á manos profanas. Es cierto, igualmente, que hallándose en manos de los monjes, no servían para el comercio y la industria. ¿Pero no es verdad también que cuando los particulares emplean sus riquezas en el comercio y en la industria, los explotan en provecho propio y no en beneficio del pueblo, como lo hacían los frailes? Estos bienes eran infructíferos para los particulares, pero no para la sociedad y para el pueblo, que á causa de estos bienes encontraba hospicios, escuelas, bibliotecas y todo lo indispensable para llenar sus necesidades.

¡Oh! Quiera Dios cumplir la esperanza y deseo de los católicos: *¡que vuelvan los frailes!* Y volverán. Estas congregaciones religiosas se derivan de la esencia misma del cristianismo, y por lo tanto, se han de manifestar siempre que haya condiciones para su existencia, siempre que las circunstancias políticas, que la impiedad y la revolución les den alguna tregua. Además, la vida religiosa es una eterna necesidad del espíritu humano; hay muchas almas que no pueden vivir en medio de la agitación y bullicio mundanos; su constitución particular las hace buscar la soledad y el retiro para poder orar y meditar; otras hay, á quienes multitud de causas, impiden poder vivir en la sociedad.



Los continuos desengaños de la vida mundana, las continuas ilusiones y esperanzas frustradas, los tristes naufragios políticos, hacen tomar con frecuencia á muchas personas gran hastío por el mundo y sus vanidades, y grandes deseos del claustro, del convento, de la vida en que reina la paz y tranquilidad de la conciencia; y esta necesidad se siente más en nuestros días, en que no vemos más que intereses positivos, intereses materiales, industria y comercio, dejando en las almas un gran vacío, un gran abismo. Ellas conocen que su corazón les pide un bien infinito, y todos los goces y placeres mundanos son insuficientes para satisfacer el ansia de su corazón; solo Dios es el que puede satisfacer las aspiraciones del alma, según aquello de San Agustín: *Inquietum est cor nostrum donec requiescat in te*. La dirección que toma la sociedad actual reclama también imperiosamente la existencia de los frailes, hoy que el socialismo hace estremecer al mundo, hoy que los obreros van aumentando su odio contra los ricos, hoy que en el pueblo no hay más que sed de goce y de oro, es cuando mayor falta hace el fraile. Este es el único que podía con su ejemplo enseñar la resignación, la paciencia y la moderación á los pobres, y á todos los que careciendo de ideas cristianas, están dispuestos á realizar proyectos criminales, cuando las circunstancias les hagan posible su proyecto: solo el fraile es el que podía enseñarle con su predicación y su ejemplo, que el hombre no vive de solo pan, y que al otro lado de la tumba le espera otra vida más feliz, si sabe soportar con paciencia la presente.

Los Gobiernos parecen comprender ya la gran crisis en que se encuentra la sociedad, y que el único remedio se halla en los frailes y por esto empiezan á protegerles: los pueblos que conocen la falta que les hacen los frailes, los reciben con las mayores muestras de alegría y regocijo, y vemos que de día en día van aumentando los conventos de religiosos en el antiguo mundo.

¡Ah si levantaran la cabeza los hombres de la Asamblea Constituyente, de la legislativa ó de la Convención, los hombres de la revolución de 1789! qué dirían al ver renacer los institutos religiosos, cuando ellos creían haber acabado con la religión católica, con el fanatismo y la superstición! Se llenarían de rabia y de furor y se desesperarían al ver burlados sus intentos. Esto es lo que hace la impiedad moderna, al ver que sus deseos, sus esfuerzos y sus trabajos han sido desvanecidos como el humo por el Señor, que toca los imperios y las naciones, y las reduce á la nada; cumpliéndose exactamente las palabras de la Escritura: *Peccator videbit et irascetur, dentibus suis fremet et tabescet: desiderium peccatorum peribit*.

Hubo entre nosotros, hasta nuestros días frailes ilustres, y sería hacer un insulto á la verdad el negar á las comunidades religiosas esta gloria que fué, á no dudarlo, la principal causa por que se retardó el golpe que después les sobrevino. Pero ¿qué son algunos miembros llenos de salud cuando el mal reside en la fuente de la vida? ¿qué son algunas columnas firmemente cimentadas cuando se desmorona la parte superior del edificio?

Hubo hasta nuestros días frailes eminentes--nos complacemos en repetirlo--frailes dignos de aspirar al prestigio que ejercieron sus mayores debido solo al mérito, y que ellos pudieron alcanzar caminando por la misma senda; no lo hicieron y sin embargo bien pudieron haberlo hecho. Aun en esta parte los franciscanos tenían ejemplos que imitar y eran los que les dejaron los venerables religiosos de su orden que florecieron en el siglo décimo séptimo, en lo que llamamos nosotros la segunda edad del instituto en nuestro país.

Ya por ese tiempo había ocurrido una modificación importantísima en la condición de la orden seráfica, que la constituyó en una nueva existencia. Por una medida de la autoridad, sobre cuya conveniencia no disputaremos, gran parte de los pueblos donde los reli-



giosos ejercían la cura de almas, quedó sujeta á la jurisdicción de los diocesanos, y en consecuencia los feligreses de aquellos pasaron á serlo del clero secular. Reducidos de este modo los franciscanos á los conventos de las principales poblaciones, se limitaron en lo general á esa vida sedentaria, esencialmente monástica, y bajo cierto aspecto infecunda, según los modernos políticos, que observaron hasta nuestros días. Mezquina á la verdad es esta esfera; pero no tal que fuese un obstáculo á las nobles empresas; abierto quedaba todavía un vasto campo á los vuelos del pensamiento, y á los sublimes arranques del celo apostólico: en comprobación de lo dicho, citaremos las fundaciones de nuevas custodias y provincias en las regiones septentrionales del territorio mexicano, y las crónicas que entonces se escribieron, producciones amables, hijas del amor á la verdad, que son las fuentes más puras de nuestra historia, y los fructuosos viajes de algunos misioneros que, desdeñando el reposo de la celda, partían á remotos países á buscar almas para comunicarles la luz del Evangelio.

Estos varones distinguidos son los que pudieron servir de norma á los demás: entre ellos se señalaron los que emprendieron sus misiones sin auxilio humano, impelidos solo por su propio esfuerzo, guiados por la caridad como los primeros discípulos de Jesús; y entre ellos también descolló el venerable religioso cuya vida bosquejamos á continuación.

### El Venerable Padre Margil.

En uno de nuestros frecuentes viajes á la Metrópoli, la curiosidad nos condujo una tarde á la nueva calle bautizada con el glorioso nombre *de la Independencia*, para visitar una casa que formaba parte del convento de San Francisco.

Hay algo verdaderamente interesante en esa rápida transformación que reciben algunos edificios antiguos

de México al impulso del dedo de la reforma. De la noche á la mañana vemos convertidos los anticuados monumentos de ayer en elegantes monumentos de hoy; los muros toscos, irregulares, desaliñados y hasta informes, abortados por una arquitectura sin arte y caprichosa, ceden el puesto á edificios de formas correctas y graciosas donde se admiran esa sobriedad de ornamento, ese primor sencillo que revelan las obras de un gusto más adelantado. Pero toda la gala, pulidez y refinamiento que distinguen á las nuevas construcciones, no bastan á darles el sello especial, el prestigio, el imán de las que han resistido incólumes el embate de los siglos; y cuando hemos visto á varias personas lamentarse en presencia de los escombros de un claustro ó de una Iglesia, hemos respetado su sentimiento, porque estamos ciertos de que en la mayor parte no es fruto de una devoción exajerada ó de las antipatías de partido, sino de la inclinación natural á compadecer lo que fué por mucho tiempo y deja de existir. El hombre se encariña con las ruinas, porque ve en ellas una imagen de su destino, y porque en la destrucción de un monumento llora su propia destrucción.

Pero la casa de que hablábamos no es propiamente un edificio nuevo, ni aun siquiera transformado. Si prescindís de la fachada, que es bien pobre, y del patio casi enteramente ocupado por la base de la escalera que conduce al piso superior, todo lo demás conserva las facciones de su primitiva existencia; es un fragmento de monasterio separado del resto por una calle; todo en él se halla en el mismo estado que tenía cuando era de los religiosos; los mismos claustros prolongados y oscuros, el mismo aspecto vetusto, y la misma sucesión de celdas con sus puertas alineadas y numeradas en la parte superior como las páginas del libro del tiempo.

Solo una cosa ha huido para siempre de aquel melancólico recinto, y es el silencio: el ruido que forma el